

DE LA ORGANIZACIÓN:

NOTAS SOBRE ROSA LUXEMBURG: JOSE LUIS DE LA MATA

MATERIALES

Critica de la cultura

Extraordinario nº 3



ROSA
LUXEMBURG
HOY

MATERIALES
GALAXIA
MATERIALES



director periodista director periodista zuzendari kazetaria director xornalista	Marina Bru
consejo de redacción consell de redacció redazio kontseilua consello de redacción	Rafael Argullol, Maria-José Aubet, Miguel Candel, Joan Clavera Antoni Domenech, Paco Fernandez Buey, Ramon Garrabou Jacobo Muñoz, Manuel Sacristán (Catalunya) Xesús Alonso Montero, Abel Caballero (Galicia) Ernesto Garcia, Gustau Muñoz(País Valencià) Javier Pérez Royo (Sevilla) Colectivo Antonio Gramsci (Granada) José Rodríguez, Javier Corcuera, Manolo Gómez Portilla (Euskadi) Julián Ariza, Carlos Blanco Aguinaga, Angela Fernández, Daniel Lacalle, José M.' Ripalda, Fanny Rubio, Alfredo Tejero, Juan Trias Vejarano (Madrid) Oscar Lopes (Portugal)
consejo editorial consell editorial argitarazio kontseilua consello editorial	Lucio Colletti, Valentino Gerratana. Wolfgang Fritz Haug David MacLellan, Adam Schaff, Goran Therborn
edita edita argitaratzen du edita	Materiales, S. A. de Estudios y Publicaciones
redacción y administración redacció i administració redazioa eta administrazioa redacción e administración	Escipión 21, ático. Tel.: 212 61 80; Barcelona- (23)
imprime imprès a imprentatzen du imprime	Conmar Color, Corominas, 28 - Hospitalet (Barcelona- (23)
depósito legal dipòsit legal legezko depositua depósito legal	B. 2091 -1977
precio del ejemplar preu de l'exemplar alearen prezioa precio do exemplar	200 -- ptas.
suscripción anual suscripció anual urteoroko suskritzioa suscripción anual	España 1.000,- ptas. Europa 1.300.- ptas. América 2.000.-- ptas.
publicación bimestral	publicació bimestral - hile birik behingo argitarazioa - publicación bimestral

Nota introductoria	3
<i>Rosa Luxemburg y la ambigüedad de la historia</i> , por Lelio Basso.....	9
<i>De la dialéctica materialista entre espontaneidad y organización</i> , por Oskar Negt	27
<i>Rosa Luxemburg y la cuestión nacional</i> , por Georges Haupt.....	61
<i>Rosa Luxemburg: un examen retrospectivo</i> , por Paul Mattick.....	85
<i>La dialéctica entre ciencia social e ideología en Rosa Luxemburg</i> , por Michael Löwy	107
<i>Rosa Luxemburg: la huelga de masas</i> , por Norman Geras.....	115
<i>La teoría y la práctica revolucionaria: Rosa Luxemburg</i> , por Dick Howard	131
<i>Notas sobre la teoría luxemburguiana de la acumulación</i> , por Tadeusz Kowalik	155
<i>Rosa Luxemburg, Marx y el problema de las alianzas</i> , por Gilbert Badia _	167
<i>De la organización: Notas sobre Rosa Luxemburg</i> , por José Luis de la Mata	177
<i>Rosa Luxemburg y su crítica de Lenin</i> , por Annette Jost.....	197
<i>Revolución y dialéctica: la lucha de Rosa Luxemburg contra el revisionismo</i> , por Narihiko Ito	223
<i>Rosa Luxemburg y el problema del partido</i> , por Josef Schleifstein	249
<i>Guía para la lectura de Rosa Luxemburg</i> , por María José Aubet	259

Nota introductoria

En enero de 1979 se cumplirán 60 años de la muerte de Rosa Luxemburg y del fallido levantamiento espartaquista. Es sabido que la derrota de aquella revolución alemana (1918-1919), una de las primeras y últimas de la Revolución en occidente, ha venido siendo considerada por no pocos teóricos y políticos marxistas «ortodoxos» como la confirmación última y definitiva de los errores políticos inherentes al llamado “luxemburguismo”, es decir, de la equivocada posición ideológica de Rosa Luxemburg. Por esquemáticas que puedan aparecer estas bases argumentativas, lo cierto es que este tipo de consideraciones han prevalecido durante decenios en el seno del movimiento comunista y, con matices, continúan dándose hoy. Resultado de ello es el hecho de que estas seis décadas transcurridas desde la muerte de Rosa Luxemburg se han caracterizado sobre todo por la marginación, la condena sistemática, el silencio y/o las pseudo rehabilitaciones, para no hablar ya de la pura y simple instrumentalización de la vida y obra de Rosa Luxemburg. En efecto, de esta clásica del marxismo se reclaman hoy diversas corrientes, según se aislen o privilegien unos u otros de los elementos de su producción teórica global. De ahí, por ejemplo, que Rosa Luxemburg pueda resultar un personaje atractivo para muchos sectores de la llamada «extrema izquierda», por su justa crítica de ciertas deformaciones y fetichizaciones del momento organizativo por parte de los partidos obreros tradicionales, crítica que hoy sigue apareciendo como necesaria. Lo que resulta paradójico sin embargo, es el intento de «rehabilitación» por parte de sectores importantes de la burguesía «ilustrada», de la socialdemocracia actual, quienes, en base a las pretendidas profundas divergencias de Rosa Luxemburg con Lenin y los bolcheviques, la han querido utilizar para justificar una política abiertamente anticomunista. No puede olvidarse, todo hay que decirlo, que muchas citas, párrafos y textos de Rosa Luxemburg descontextualizados y aislados, podrían naturalmente servir a estos fines, como de hecho ha ocurrido, por ejemplo, con la revolución rusa. Solo que para ello estas corrientes socialdemócratas; tienen necesariamente que silenciar o tergiversar el hecho incontestable de su asesinato a manos, precisamente, de la propia socialdemocracia. Porque si esos deseos de recuperación del pensamiento luxemburguiano estuvieran auténticamente motivados por un afán de transformación global, esta muerte tendría que llevarle; ineludiblemente a una autocrítica profunda de su propia trayectoria e ideología política desde 1910 hasta el presente. Es, pues, precisamente el hecho de su muerte-consecuencia y resultado a su vez de una coherencia teórica y política-, lo que convierte a Rosa Luxemburg en irrecuperable para las corrientes hoy llamadas socialdemócratas. Convendría no olvidarlo.

Pero, por fortuna, al lado de estas «rehabilitaciones», ha habido siempre intentos genuinos por recuperar, sin dogmatismos, sus reales aportaciones teóricas y políticas a la compleja realidad que le tocó vivir, y por extraer de la lectura de sus textos cuantas

lecciones puedan hoy todavía aparecer como útiles y válidas para una reflexión y una reorientación de la estrategia política revolucionaria en occidente.

Ese empeño ha caracterizado la labor de algunos políticos e investigadores marxistas, especialmente a partir de la evidencia de la crisis del movimiento comunista internacional y más concretamente desde el Mayo francés y desde «la invasión de Praga por los tanques soviéticos. Políticos e investigadores que, conscientes de la urgente necesidad de repensar los nuevos problemas que hoy tiene planteados la lucha por el socialismo en todo el mundo, han buscado en la lectura de los escritos de Rosa Luxemburg algunos de aquellos elementos de la teoría y método luxemburguianos que puedan arrojar luz o aportar ideas claras sobre cuestiones fundamentales, tales como la naturaleza y función del partido político, la concepción de la revolución y del socialismo mismo, el hecho real de la integración del movimiento obrero en los países industriales avanzados, la reconversión gradual de los PPCC de estos países en partidos «de orden», los límites de la vía electoral-parlamentaria, puestos de manifiesto una vez más a raíz de las últimas elecciones francesas, etc... En definitiva, la estrategia del movimiento obrero hoy en occidente. Todos ellos problemas a los que ya en su día tuvo que enfrentarse Rosa Luxemburg como militante y teórica del ala izquierda de la socialdemocracia alemana, es decir, como la única personalidad marxista de principios de siglo que, a diferencia de otros (como Lenin o Trotsky) se movió y actuó ya en un país de capitalismo avanzado (claramente imperialista), y en el seno de un movimiento legal y de masas.

Puede decirse que su actividad política fundamental giró, en ese contexto, en torno a dos líneas centrales de lucha y de crítica. La primera común con Lenin, contra el revisionismo teórico (personificado en Alemania por Bernstein y en Rusia por los mencheviques) y contra el reformismo, es decir, contra la transformación de la socialdemocracia de un partido obrero de lucha contra el sistema y el Estado, en un movimiento de lucha por reformas económicas y políticas dentro de ese sistema, en base a la convicción de que por la vía legal-parlamentaria se podría realizar objetivamente la transformación de la sociedad en su conjunto. Ello llevaba al movimiento socialista europeo por el camino del cada vez más abierto oportunismo, del pragmatismo ciego, cuya consecuencia más grave era la paralización progresiva e irreversible de la lucha de la clase obrera y su gradual despolitización.

Desarrolló su segunda línea de crítica en cambio contra la tendencia objetiva y subjetiva de los partidos legales de masas a la burocratización y enquistamiento, hecho que Rosa Luxemburg intuyó desde la revolución rusa de 1905-6 y percibiría ya claramente desde 1910: en esa fecha se pondría de manifiesto la dependencia por parte de las socialdemocracias europeas occidentales de los votos electorales, en su mayoría no proletarios y no socialistas. Pero que bajo la influencia de circunstancias accidentales se adherían coyunturalmente a aquellos partidos. Esa dependencia obligaba al aparato dirigente a tirar por la borda gran parte de sus principios fundamentales de clase y a considerar como un fin en sí mismo la consolidación de las organizaciones

obreras (partidos y sindicatos), lo que resultaba en un crecimiento de la burocracia cada vez más alejada y menos identificada con la base. Ello contribuía a afianzar una élite liberada –exlíderes obreros en su mayoría, o intelectuales pequeño-burgueses– formada no ya por «políticos» al estilo de la vieja guardia socialista (W. Liebknecht, A. Bebel, sino por funcionarios «organizadores-administrativos» cuyo horizonte terminaba en el parlamento, y que, ocupando las posiciones estratégicas en el aparato de los sindicatos y partidos, tenían garantizada una influencia mucho mayor que la que les otorgaba su real importancia numérica.

La socialdemocracia llegaría así a nutrirse cada vez más de la «aristocracia obrera», de elementos pequeño-burgueses en su mayoría no-socialistas, de estratos medios insatisfechos pero poco inclinados a apoyar una transformación global del sistema, dejando fuera al proletariado no organizado o poco cualificado, cada vez menos identificado y más alejado de la política parlamentaria de la socialdemocracia dirigente.

Todo ello vendría necesariamente a abrir una honda crisis, planteando toda una serie de cuestiones en el seno de la izquierda revolucionaria antes de 1914 que hoy vuelven a estar a la orden del día: escisión o no del partido mayoritario de la clase obrera (Rosa Luxemburg aduce poderosas razones en contra -1911 y 1917- y a favor -1918-); formulación tentativa de una política alternativa de recambio (aquí hay que enmarcar su huelga de masas, «partido y sindicatos, ¿Qué quiere la Liga Espartaco, Nuestro programa y la situación política?, entre otros); denuncia de las bases objetivas y subjetivas del reformismo (¿Reforma social o revolución?, La crisis de la socialdemocracia); esfuerzos por realizar un riguroso análisis científico de la nueva fase imperialista del capitalismo (La acumulación del capital, la anticrítica); etc., intentos de alternativas que serían violentamente abortados por la contrarrevolución.

Los problemas que tuvo que afrontar la izquierda socialdemócrata y muy particularmente Rosa Luxemburg, no son, evidentemente, los mismos del momento actual. Pero también resulta evidente que muchas de las «vías» políticas que hoy se nos quieren presentar como originales no lo son tanto, y que muchas de las dificultades que nos aquejan son no sólo todavía un resultado del triunfo de aquellas corrientes contrarrevolucionarias en el seno del movimiento obrero sino también de la ausencia de una profunda autocrítica, y de una auténtica preocupación por recuperar los elementos de aquéllas y de otras polémicas generadas en el movimiento comunista desde entonces en la necesaria búsqueda y discusión de los problemas que todavía hoy seguimos reconociendo como profundamente actuales.

En este contexto debe enmarcarse, pues, este número extraordinario que presentamos aquí con el título de «Rosa Luxemburg hoy». En él colaboran, con textos en su mayoría originales y especialmente escritos para Materiales, buena parte de aquellos teóricos e investigadores marxistas cuyo empeño, esfuerzo y labor científica ha hecho posible esa nueva lectura y tratamiento de la figura y obra de esta ya gran clásica de la literatura marxista. Estas distintas colaboraciones reflejan, como es obvio, ideologías, opciones políticas y motivaciones también diversas, hecho que no puede por menos que

contribuir a enriquecer el debate, por mucho, claro es, que nos identifiquemos más con unos textos que con otros.

Georges Haupt, muerto hace poco más de un mes a la edad de 50 años, se ha caracterizado siempre por una labor de investigación seria y rigurosa que ha merecido el respeto de cuantos colaboraron con él y le conocieron. A él se deben precisamente buena parte de los estudios sobre la II internacional y las importantes ediciones francesas de la correspondencia de Rosa Luxemburg. En este número de Materiales ofrecemos parte de una ponencia que el autor leyó en 1973 en Reggio Emilia sobre un tema central en la obra luxemburguiana la cuestión nacional, tradicionalmente relegado al olvido o poco y mal conocido por el movimiento comunista. En ese artículo se ofrecen, creemos, elementos para una reconsideración de «la polémica que enfrentaría a las distintas tendencias de aquella Internacional.

Los textos de Lelio Basso y de Norma Geras, además de constituir aportaciones en sí mismas positivas, vienen a contrarrestar dos de las opiniones más ampliamente difundidas sobre el «luxemburguismo»: el de Basso uno de los más genuinos continuadores de Rosa Luxemburg hoy contra las acusaciones de «economicismo», «determinismo» o «catastrofismo». El segundo contra el mítico elemento «espontaneísta» asimilado tantas veces al «luxemburguismo». Paul Mattick y Tadeusz Kowalik cada uno desde una óptica distinta profundizan en las teorías económicas de Luxemburg, a la luz de las críticas y también de los acontecimientos posteriores a su muerte. Gilbert Badia, un profundo conocedor de ésta teórica polaca y del movimiento espartaquista examina un aspecto, el de las alianzas de la clase obrera, todavía muy controvertido de las teorías políticas y de los condicionamientos ideológicos de Rosa Luxemburg. El profesor Ito, introductor y traductor de la obra luxemburguiana en el Japón, trata de su lucha contra el revisionismo, aunque no se agoten en este artículo todos los aspectos y complejidades de la crítica que Luxemburg llevará a cabo. Los artículos de Negt, Jost, de la Mata y Schleifstein, unos desde una perspectiva todavía excesivamente «ortodoxa» otros desde una contextualización más precisa de la posición luxemburguiana abordan uno de los problemas más acuciantes del movimiento comunista actual: la función y naturaleza de la organización y la relación/articulación de éste con las masas. Los textos de Howard y de M. Löwy proporcionan a su vez una reflexión más global en su conjunto. A todos ellos nuestro más profundo agradecimiento.

Para terminar dos aclaraciones: En primer lugar dejar constancia de que hubiéramos deseado contar en el presente volumen con un mayor número de colaboraciones de autores españoles, pero hemos topado con dos límites objetivos: el escasísimo número de estudiosos de la obra de Rosa Luxemburg en nuestro país, y el exceso de trabajo, que ha sido causa de algunas defecciones de última hora. En segundo lugar, advertir que, allí donde ha sido posible, las notas se citan por referencia a las traducciones castellanas en base a las ediciones que se detallan en la nota bibliográfica final.

MATERIALES

JOSE LUIS DE LA MATA: *Nacido en Madrid en 1938, participa muy joven en la lucha antifascista en los frentes popular y sindical. En los años 60 pasa a la Universidad (Filosofía, Economía, Psicología). Ha sido profesor de Estética, de Introducción a los Métodos de las Ciencias Sociales, de Antropología, de Psicolingüística y de Teoría de la Comunicación, entre otras materias. Actualmente Profesor Numerario en Historia de los Sistemas, Historia de las Ciencias, Estética y de Historia de la Psicología. Autor de numerosos trabajos, políticos y profesionales. Desde hace varios años ha sido representante del Movimiento de PNNs de la Universidad. Es militante de la Organización de Izquierda Comunista (OIC).*

De la organización: Notas sobre Rosa Luxemburg

JOSE LUIS DE LA MATA

Páginas:177-196

1. Rosa Luxemburg y la continuidad del marxismo.

No pretende -ni lo podría ser- ser éste un artículo «arqueológico» sobre la memoria de Rosa Luxemburg. Nos interesa su posible actualidad. Yo diría que nos interesa *la forma misma, crítica y revolucionaria, del marxismo que opera en Rosa*, «militante y dirigente del movimiento revolucionario. Pero, además, nos interesa respecto a los problemas políticos -del momento histórico que vivimos. O, mejor dicho, nos interesa ese marxismo en la medida en que se demuestra como un medio de análisis y crítica, de crisis y superación. Nos interesa en la medida en que Rosa Luxemburg puede estar presente (falseada o no, que ése es otro problema) en las mediaciones políticas de respuesta a las tareas que plantea hoy la lucha de clases. De esa manera, «actualidad» tendrá, al menos, tres acepciones. Una, referida al tiempo histórico mismo de existencia de Rosa. En segundo lugar, como «pensamiento» y como «acción» que conectan con unas determinadas problemáticas, con unas concretas alternativas de resolución a los objetivos impuestos por las exigencias revolucionarias de ese período. En tercer lugar, «actualidad» como expresada en función de las necesidades que el hoy y las realidades específicas del estado español nos plantean, en tanto que marxistas y revolucionarios. De ahí la intención no arqueológica de este artículo. Antes, una muy simple constatación: pocos autores marxistas existen tan desconocidos, tan deformados, como la propia Rosa Luxemburg. Autor «maldito» de los años 30, heresiarca excomulgada por la III Internacional y, más tarde, convertida en fetiche, como «inspiración» de tendencias organizadas o -no del Movimiento Comunista Internacional (MCI). En el «problema luxemburguista» hay, en unas y otras

direcciones, unas ocultaciones conscientes y, por ello mismo falseadas. Rosa Luxemburg queda así como inspiradora, no reducida, del «izquierdismo». Pero esto significa la misma sucia utilización por parte de las dos contra tendencias. Antileninista, antiorganización, espontaneísta, autonomista de las tendencias que apenas se asumen izquierdistas. De «la otra parte» el mecanicismo obligado de una cadena que tiene que hacerse en los modos «civilizados» de *un stalinismo que se niega*. Entre ambos, sin embargo, la constancia de un pensamiento y de una acción revolucionarios que exige su comprensión marxista, *precisamente marxista*. Rosa Luxemburg, pues, abanderada de la anti-organización, enemiga de la democracia representativa, campeona de la acción y de la democracia directa. Pero siempre (y esto es lo que reclama la necesidad de abordar el fenómeno desde el marxismo, como crítica consciente y revolucionaria del fenómeno político que se oculta), Rosa Luxemburg como representante de marxismo más inquietante. Es decir, del marxismo que «se reconoce», creador, equivocado acaso, pero jamás fórmula ideologista que se repite a sí misma, en los dogmas inevitables del Talmud oficial. Marxismo que se enriquece en la dimensión de la crítica que ejerce y que provoca. Marxismo ni como ejercicio de una concepción científicista ni como simple desarrollo de un poder que usurpa. En todo caso, marxismo como quehacer político, en la doble dimensión de *análisis riguroso de la realidad y de guía consciente de la acción*. Si lo queréis, *se trata de realizar un ejercicio de materialismo histórico*. Y, en ello, no valen ni las exégesis apasionadas ni el sectarismo de unas condenas de escuela o de oportunismo político. Es decir, se trata de adecuar el método al objeto (y al contrario) y ello desde la tradición a la que, por derecho propio, pertenece (y aquí -si que no valen medias tintas) Luxemburg. Si lo preferís, tradición que se sitúa fuera de ese «ismo» que ha esterilizado, con los mil fantasmas del fetichismo, al MCI.

Acusada de «espontaneísta», de «aventurera liquidacionista», de «izquierdista» o bien, intentada recuperar desde el infantil izquierdismo de los que han querido mostrar y demostrar su «fidelidad» al leninismo, *Rosa ha sido arrancada a su historia*. Lo que representaba arrebatárnosla a la historia propia de nuestra militancia. Quiero decir, a la historia de ese compromiso lúcido y crítico, en la lucha de clases. Porque la historia de Rosa no es sólo la historia de la lucha del movimiento obrero que se desarrolla desde comienzos del siglo XX hasta la bancarrota de la revolución alemana. Es también, y acaso más fundamentalmente, *la historia que se desprende de esa bancarrota*. La historia que hará oscilar al movimiento entre el oportunismo y el reformismo, entre el burocratismo y el izquierdismo, entre *la rigidez de las organizaciones subordinadas al PCUS y los fetichismos de la acción directa*.

Así también, la historia de Luxemburg se inscribe no solo en el desarrollo de ciertas expresiones marginalistas y testimoniales del MCI, sino también en una cierta comprensión de la tarea de Marx y del «sentido» que había de darse a su continuidad. Luxemburg debatirá permanentemente sobre los problemas que plantea la organización revolucionaria, la acción de masas, la relación entre organización y conciencia de clase, el tema de las reformas y la revolución, el porvenir revolucionario de las sociedades desarrolladas, la dictadura del proletariado y el desarrollo de las libertades, la permanentización del proceso de revolución...

Luxemburg se plantea dramáticamente el tema del proletariado alemán, *heredero directo del proyecto revolucionario de la Comuna*. Y se lo plantea no en abstracto

como pretendería hoy esa comprensión fetichista de la revolucionaria alemana. Se lo plantea en función directa de las tareas que «ha» de acometer la socialdemocracia alemana, precisamente en la medida en que ésta es «*la expresión históricamente decantada de la clase obrera y de la cultura socialista alemana*». Nada pues de un espontaneísmo que se pueda desprender con toda pureza de la obra y de la acción de Rosa. Sus mismas dudas en separarse del partido, ese «centrismo» de que tanto se le acusa hoy en ciertas publicaciones recientes, sería el testimonio más directo del drama político en que se debate durante más de 10 años.

Así, la presunta oposición radical Lenin-Luxemburg debe ser muy matizada. Y comprendida en función de las variables históricas concretas que confluyen en cada una de las «dos políticas». Imperialismo/internacionalismo, partido/masas, reforma/revolución, etc., deben, por tanto, matizarse en realización a los problemas concretos tal como se expresan.

Hay terribles equivocaciones en la obra y en la acción política de Rosa. Hay aciertos, sin embargo, que pertenecen *todavía* a la historia viva del marxismo. Su lucha contra el revisionismo (Bernstein testigo: «Rosa, en lo que concierne al método, se encuentra entre lo mejorcito de lo que se ha escrito contra mí»), su crítica marxista (y en absoluto antileninista, como a veces quiere presentársenos) de la revolución rusa, su análisis del militarismo y del reformismo, etc., cuentan entre aquello de lo que no podrá prescindir jamás una historia real del MCI.

Sin embargo, repito, ni esas equivocaciones ni esos importantes hallazgos pueden oponerse a cuenta (en una y otra dimensión) de la oposición Lenin-Luxemburg. Cuando, en la actualidad, hay autores que afirman que hay que buscar en esa oposición la clave total del pensamiento de Luxemburg (lucha contra el reformismo/revisionismo = lucha contra el leninismo), creo que se yerra en el método de análisis y, por supuesto, en la comprensión de un pensamiento tan rico, tan contradictorio como el que representa Rosa Luxemburg.

En todo caso, esa presunta lucha no puede esclarecerse si no es en la comprensión que demos al tema de *la organización*. Lo que equivale a definir tal elemento en función precisamente, de la teoría revolucionaria. Pero no en abstracto, sino en los elementos concretos que plantea una concreta situación histórica. En ese sentido, se trata de situar correctamente el tema. Esto significa analizar la contradictoriedad de una situación material (= proceso concreto de lucha de clases), con su traducción política correspondiente (= la crisis de una instancias políticas, economías, ideológicas de poder) y en relación al problema de la formación material de conciencia de clase (= el proletariado, como único sujeto revolucionario, pero, además, como el agente de constitución de un bloque social enfrentado al bloque en el poder).

Lo que plantea radicalmente la dialéctica (*material*, y no teoricista) *entre ser social y organización, entre acción de masas y proceso revolucionario, entre práctica política y conciencia de clase, entre partidos y los índices objetivos que marcan la construcción histórica de esa conciencia* (no solo lucha, sino formas, contenidos y objetivos de esa lucha; no sólo oposición, sino crítica de esa misma crítica). Si la organización es la expresión histórica de la conciencia política, todavía habría que distinguir entre organización de vanguardia y organizaciones históricas de masas. Solo a partir de aquí podría tratar de encarar esa presunta oposición Lenin-Luxemburg.

Y no se trata, sencillamente, de huir de un fetichismo (= el espontaneísmo de una utópica acción directa) para caer en otro (=leninismo como fórmula definitiva de materialización del marxismo). Equivoca el problema tanto quien relativiza la aportación de Lenin como quien dice oponerse a la definición de que «el leninismo sea el marxismo de nuestra época». En este último sentido no sólo porque se expresa una posición estratégica política de alcance amparada en unos conceptos equívocos. También porque se expresa en términos de un vocabulario que el «marxismo revolucionario» ya ha rechazado. Quiero decir, la fórmula «el leninismo es el marxismo de nuestra época», encubre tanto el *alcance de un proyecto político de carácter reformista* como la justificación de un rechazo (en este caso del leninismo) que se ampara en una asimilación «subterránea» *del leninismo con el estalinismo*. Porque tal fórmula es estalinista, en la propia materialidad de su expresión.

Se quiera o no Rosa Luxemburg es patrimonio del marxismo y su historia. Como lo es el propio Lenin. Que no actúa porque determine una «realización única» del «marxismo revolucionario» (forma de organización, proceso de revolución, modelo de transición), sino que opera porque es actuación, profundización, enriquecimiento, efectuación del propio marxismo. Como lo es la misma Rosa. *Como no lo es ni el revisionismo ni el reformismo*.

La polémica se instala no sólo en la relación ser social/ ser político sino en la misma caracterización de esos conceptos. En su determinación dialéctica que los expresa, radicalmente, en sistema de relaciones y no de entidad abstracto-idealista. Pero, además, en separar artificialmente ser social material de la clase y su ser político. Como si lo primero definiera simplemente el «ser» de las masas y lo segundo el «ser» del partido. Porque esto, inevitable, dogmáticamente, conduce al callejón sin salida de la «consciencia» separada. La dialéctica clase/partido no se separa del «ser político» de la clase (en su ser materia social). Porque la clase no puede definirse exclusivamente en función de una materialidad exclusivamente sociologista. De ahí el gran equivoco. Y las confusiones que determinan una determinada (y equivocada, por tanto) «lectura» tanto de Lenin como de la propia Luxemburg.

Cuando Lenin en *el ¿Qué hacer?* subraya que la espontaneidad primaria de la lucha no es capaz de superar las dimensiones de un economicismo primario, está diciendo no sólo lo que afirma la socialdemocracia de Kautsky, sino *algo más*. *Ese algo más que, desde otra línea de análisis, pretende Luxemburg*. Por supuesto que también la socialdemocracia dice algo más, algo que se expresará ejemplarmente *en la institucionalización del sindicalismo y del parlamentarismo*. El problema en Lenin y en Luxemburg es el de «eso de más». La determinación vendrá no sólo por cómo se lean las afirmaciones. Más fundamentalmente, porque es necesario comprender que el lenguaje de la política (y más aún del marxismo) pertenece al *plano de la acción*. Esto supone que es necesario buscar en esa acción política la determinación política del problema que más hondamente parece separar a Lenin de Luxemburg.

2. Mitología y voluntarismo revolucionario

He afirmado que era necesario la aplicación del materialismo histórico a la obra de Luxemburg para comprender su alcance. Lo que representaba situar los problemas en su contexto material (= social, político, económico, ideológico), *como*

determinación de un sistema de acontecimientos sociales y, por lo mismo, como determinados por otro sistema contradictorio social. En ese sentido, hay dos primeros elementos que es esencial destacar como premisas del debate. Uno, comprender que, como decía Korsch, el materialismo histórico es una teoría comprensiva de la historia, es decir, *que el marxismo es esencialmente una concepción unitaria, donde teoría y acción se determinan mutuamente*. Otra, no es posible asimilar dos fenómenos históricos coincidentes, *por más que se produzcan en planos semejantes de contextualización*.

En ese sentido, la polémica organizativa entre Luxemburg y Lenin hay que ubicarla convenientemente. La historiografía al uso (incluida, por supuesto, la marxista) coincide en señalar como acontecimientos determinantes de la situación política de las dos primeras décadas de este siglo 1905, 1914, 1917, 1918-19. Pero, incluso, cuando se quiere afinar más, el acontecimiento clave se sitúa en la revolución triunfante de Octubre y en la revolución fallida alemana. Y esto determina, a su vez, que los hechos políticos sean establecidos por el diafragma (para positivo o negativo) del fenómeno bolchevique. Lo que contribuye a la deformación del leninismo.

¿Es obligado «pensar» los acontecimientos políticos europeos de ese período en términos leninistas? En parte sí, pero siempre que se sea capaz de establecer con rigor qué se quiere decir con ello. Y lo primero que habría que establecer es la nula influencia del leninismo sobre el proletariado europeo de esa época. Desde 1905 a 1918 hay una influencia indudable de los acontecimientos rusos en el panorama europeo. Pero es una influencia fuertemente mediatizada por la influencia central del movimiento socialdemócrata alemán. Lo que equivale, igualmente, a establecer que si bien la Revolución de Octubre tendrá unas resonancias indudables en el interior del movimiento obrero europeo, esta revolución no es sino el acontecimiento *atípico* de una situación general, cuyo centro es Alemania.

Lo fundamental de esa situación general (y por respecto a la cual la Revolución de Octubre es *atípica*) se sitúa, precisamente, *en la incidencia de la Realpolitik de la socialdemocracia alemana*, incidencia no sólo sobre el proletariado alemán, sino también sobre el resto de formaciones sociales, donde las condiciones objetivas revolucionarias parecían más maduras. Vista la situación en perspectiva, lo fundamental no es comprender por qué la revolución europea fracasó: *lo fundamental es comprender por qué la revolución tenía que fracasar*.

¿Este fracaso tenía como causa determinante la ausencia del partido bolchevique? Aquí nos encontramos con una paradoja divertida: los enemigos del «leninismo» no han sido capaces de justificar ese fracaso. Sobre todo, desde el hecho fundamental de esa ausencia (salvo los que no dudan en asimilar bolchevismo a kautskismo): *el espontaneísmo fue incapaz de determinar, en un sentido revolucionario, la crisis social alemana*. Los leninistas ingenuos, por el contrario, señalan, como única causa del drama, *precisamente* tal ausencia. En todo caso, nos encontramos frente a una representación mecanicista del período. Pero, fundamentalmente, frente a una concepción rígida del partido, concepción que establece el determinismo a-marxista que, con tanta frecuencia, se encuentra en quienes hacemos profesión de fe «marxista-leninista»... *...Acaso, porque tal «profesión de fe» sea lo más anti-marxista-leninista*.

Cuando se constata que tal fracaso era *del «orden político» de las cosas*, se suele recurrir al viejo mito del determinismo. Pero determinismo que interviene después

de los acontecimientos y que interviene como factor causal de explicación. Lo que demuestra que el determinismo en materia de acontecimientos históricos no es sino del orden de la acción política. Y es desde aquí que debemos abordar el problema.

La conversión operada por la socialdemocracia alemana sobre el marxismo (al que convierte en «ciencia» que es necesario desentrañar y cuya clave interpretativa reside en el aparato del partido) no es ajena a la «determinación» del fracaso de la revolución alemana. *El marxismo convertido en «ciencia»* (sería mejor decir, al estilo escolástico, en «dogmática») *deja de ser revolucionario*. Pero esta conversión va a provocar esas reacciones en cadena que se llaman «izquierdismo» y/o «espontaneísmo». Estos últimos van a venir a parar, por distintos caminos, en lo mismo que critican: el *tacticismo*, ya adopte las formas *del estrategismo principista* (y la acción directa como máximo fetiche), *ya las reglas de un blanquismo que se desconoce*. Pero que no por ello deja de ser menos evidente.

Para unos, *acción y consciencia se contraponen*. Para otros, *acción y consciencia se siguen*, espontáneamente. En unos, la táctica no es sino el proceso de adaptación a los acontecimientos de desarrollo del capitalismo, su racionalización, la previsión de lo más incómodo de las crisis. En los otros, es la causa general y pura contra el sistema, el todo o el nada que, indefectiblemente, conduce a la masacre. Unos pretenden prever el curso de las leyes y amortiguar sus efectos más penosos. Otros tienen esa antorcha de la Comuna que es necesario, a toda costa, traspasar a las manos más maduras. Entre ambos, siempre la misma relación: el desastre.

Se ha dicho que el bolchevismo fue un producto necesario de la formación social rusa y de las características que adoptaba la naturaleza de las fuerzas revolucionarias rusas. En consecuencia, el bolchevismo estaría determinado por la aplicación de un principio organizativo que se concreta en las determinaciones que adopta la estrategia revolucionaria, *por relación a una formación histórica y a una coyuntura muy específica*. Lo que se suele *sobreentender* en estas afirmaciones es la relación que guarda el movimiento de vanguardia con los movimientos sociales de base. Pero «sobreentendido», sin embargo, que es necesario definir, si no queremos caer en el idealismo de una relación que se agota en sí misma.

Cuando se trata de establecer las diferencias Luxemburg-Lenin, *se olvida* frecuentemente esa necesaria historicidad de los problemas y, por relación a la cual, las diferencias se explican. En ese sentido, acaso el lugar común más repetido sea el que trate de establecer las diferencias entre *un comunismo de «partido»* (Lenin) y un *comunismo de «consejos»* (Luxemburg). En todo caso, se necesita precisar a qué responde la diferencia *entre partido y consejos*. Porque de no aclararse tal diferencia, si es que la hubiera, podríamos venir a dar en la deformación específica de esos elementos (*burocratismo y sustituisimo*, por una parte y, por otra, *la concepción obrerista de una autogestión ilusoria*).

La degeneración brutal del socialismo es la hipertrofia del partido, el estalinismo, los campos de concentración, la eliminación de la libertad y democracias proletarias. El ideologismo de los consejos se convierte en la instancia radical-espontaneísta que puede llegar hasta adoptar las formas más descarnadas de la contrarrevolución. Hoy, si miramos la experiencia soviética, comprendemos que los soviets son incapaces de detener la dictadura del partido, más y más despegado de las bases sociales revolucionarias. Pero, a la vez, desde 1919 la izquierda comunista sabe muy bien cómo, en Alemania, *la forma «consejista» no basta para asegurar la determinación revolucionaria del movimiento*.

Las ilusiones de una «autogestión», de un «autogobierno revolucionario», de una oposición radical contra las instancias reformistas de partido/sindicatos no duran apenas nada, cuando los jóvenes revolucionarios alemanes se enfrentan ante la complejidad creciente del proceso revolucionario. De aquí que ciertas recuperaciones simples del pasado sean profundamente engañosas. De aquí también que ciertas interpretaciones a-históricas puedan, inmediatamente, deslizarse hacia *el ideologismo*. Por ejemplo, las lineales oposiciones Lenin-Luxemburg.

En el trabajo de D. Bensaid y A. Nair esas diferencias se establecen por respecto al problema de la organización y su propio sentido histórico. Lenin funda los principios de organización *por referencia a un análisis perfectamente determinado de la realidad*. Y cuando se encuentra ante formas organizativas espontáneas (caso de los soviets), capaces de impulsar la dinámica revolucionaria, lo que hace es reducirlas a esos principios. No hay en él ningún fetichismo organizativo: «los principios constituyen la estrategia de la organización, del que el sistema no es sino la aplicación táctica», nos dicen estos autores. Es esta comprensión de *la determinación histórica de la táctica* y, en consecuencia, *de las tareas políticas fundamentales para cada coyuntura concreta lo que funda su sentido radical de la historia*. Desde esta perspectiva, lo que distingue a Rosa Luxemburg (con una constante que se repetirá en todos los comunistas que nos reconocemos consejistas) no es tanto la irracionalidad de su emotividad revolucionaria, *cuanto el a-historicismo que se expresa en ese fetichismo de los principios organizativos*. Fetichismo que se desconoce.

En Rosa hay un *naturalismo organizativo* que se aúna con un *voluntarismo político, muy primario*. Enfrentada al reformismo de las instancias organizativas tradicionales (y que se expresarán en el parlamentarismo/economicismo de los grandes bonzos), una teórica de la calidad de la polaco-alemana cede al impulso primaria de favorecer la espontaneidad. Su mismo desprecio y despreocupación por los problemas cotidianos organizativos, le lleva a desconocer *la densidad política* (precisamente política) de tales acontecimientos. Su preocupación por controlar y corregir la tendencia burocratizante del partido no sólo le induce a una polémica estéril y equívoca con Lenin, sino también a privilegiar elementos que son secundarios en la teoría y la filosofía de la organización.

Se advierte en su entusiasmo por las grandes acciones de masas en la Rusia de 1905, se advierte en la facilidad con que se desliza hacia *un catastrofismo*, que no es sino lo complementario de su optimismo desmesurado, en lo que se refiere a *la huelga general*. Y esta impresión general es lo que permite una mala lectura de Luxemburg. La mitología sobre el consejismo que hoy mismo se mantiene por muchas formaciones de la izquierda revolucionaria se explica a partir de *esa a-historicidad de lo organizativo* que mueve la polémica de Luxemburg contra los bolcheviques.

Cuando hoy renace esta polémica, también lo hace con una desorientación absoluta acerca de la función histórica de esos principios de organización (de ahí, consecuentemente, *la mitología del consejismo*). Rosa no sólo sería la campeona de la democracia y la libertad frente al ultracentralismo de un leninismo que, con toda necesidad, se dice, acaba en necesidad burocratizante. Sería, asimismo, la campeona que devuelve al marxismo su función original, si entendemos por ésta la necesidad de «consagrar» al único sujeto revolucionario, *el proletariado en su acción directa*.

No comprende la dialéctica que se establece *entre el ser social y el ser político de la clase*. Pero, sobre todo, no comprende el *proceso* mismo en el que tal dialéctica se cumple. No es sólo que equivoque y haga conflictiva la relación entre la organización de la vanguardia revolucionaria «de» la clase y su conexión orgánica (histórica y política) con la clase, en sus mismas organizaciones de masas. Es que llega, en determinados momentos, a antagonizar tal relación, de manera que se hace realmente complejo descubrir, en su teorización, cómo pueda llegar a ser *el ser mismo político de la propia clase*.

El sistema de Lenin, tanto en su alcance organizativo como en sus dimensiones políticas, no es que sea *lógico*, por relación a los principios que lo materializan. Es que, en lo fundamental, *respeto la dimensión de su estricta historicidad* y, en consecuencia, *de su necesidad*. El principio de organización sólo es abstracto si *se le desprende de su relación a una correlación determinada de fuerzas, a unos objetivos políticos que pueden variar*, pero que están perfectamente delimitados. En Lenin, *la lógica del sistema es «externa» al sistema mismo*: porque son las tareas políticas necesarias y, por tanto, la dinámica concreta de la lucha de clases las que determinan la concreción del sistema.

Lenin no lucha sólo contra el oportunismo: si hay un rasgo que en el «denuncie» su profunda, su creadora aportación al marxismo, ese rasgo consiste *en su lucha infatigable contra el determinismo*. Y adviértase que no pretendo refugiarme en categorías psicologistas. La comprensión de las leyes de la historia es, para Lenin, la exclusiva garantía de su acción política revolucionaria. Rosa funda el partido a partir de una comprensión catastrofista de la historia, de una afirmación de la inevitabilidad de las crisis del capitalismo que se ahondan progresivamente hasta la definitiva. Es ahí donde cobra sentido la «naturalidad» de su confianza en la acción de un *espontaneísmo revolucionario irresistible de las masas*. En Lenin, la comprensión es distinta: la contradictoriedad entonces del sistema no se encuentra en él, en su concepción, sino que se desprende del análisis y, por tanto, de la comprensión en profundo de la realidad.

Cuando Rosa combate contra Lenin y los bolcheviques, cuando critica su «fetichismo organizativo» lo está haciendo desde una comprensión muy determinada de las organizaciones obreras. Lo está haciendo desde su experiencia de la socialdemocracia alemana: desde esa posición, está claro que no puede llegar sino a afirmar el retraso político de las organizaciones respecto al movimiento de masas. Sin embargo, lo que jamás niega Rosa es el *carácter de clase de tales organizaciones*. Y esto es lo asombroso en ella. Partidos, sindicatos que se constituyen en períodos no revolucionarios y que, objetivamente, son *frenos* del movimiento *no dejan*, por ello, *de ser organizaciones de clase*. Organizaciones que habrán de ser revitalizadas por la clase, en el proceso revolucionario. De ahí su constante negativa a escindirse del partido mayoritario. De ahí su constante afirmación de que las masas, en el ascenso irresistible del movimiento, *tendrán que «reconquistar» sus organizaciones*.

De tal manera, su concepción organizativa tiene esos puntos de referencia y explicación: 1º.) La afirmación de la inevitabilidad de las crisis. 2º.) La organicidad misma de la clase que se constituye en el movimiento. 3º.) La relativización de la autonomía de las organizaciones por relación al proceso revolucionario. 4º.) La afirmación del carácter necesariamente revolucionario de las masas. 5º.) La

comprensión final de que el partido (en tanto que consciencia política de las masas) es el *efecto* y no la necesidad del proceso revolucionario.

3. *El marxismo, arma ideológica del reformismo*

Pero he dicho que era necesario «historizar», si queríamos llegar a comprender a Rosa Luxemburg. Si queríamos comprenderla desde el punto de vista del marxismo, del materialismo histórico. Esa comprensión es imposible si no se parte de la comprensión del SPD (Sozial-demokratische Partei Deutschlands), el partido obrero más importante de todo ese período histórico. No sólo por la cantidad de sus efectivos, sino también porque en el fondo, es el único partido *democrático* alemán. Una base social amplísima es representada por él. Y su práctica, desde el momento mismo de su nacimiento, se desarrolla en torno a los ejes de un reformismo sindicalista y parlamentario que no cuestiona la naturaleza social del sistema. Desde su nacimiento en 1875 (Congreso de Gotha) hasta 1914 (voto a los créditos de guerra), el SPD es todo *menos una organización revolucionaria*.

Además, el SPD reúne en su seno las distintas tendencias que se reclaman marxistas. Desde las tendencias radicales, representadas por Rosa Luxemburg hasta la dirección reformista, pasando por la «ortodoxia» (Kautsky) y el «revisionismo» (Bernstein). Será, precisamente, esa ortodoxia la que marque el compás de comportamiento político del partido. Y para que se vea la línea por donde se desarrolla, no estará de más recordar que incluso Bernstein fue acusado como perteneciente a la oposición... de izquierda (!).

El SPD contradice la teoría de Luxemburg en los propios términos de la práctica política: su autonomía por relación al movimiento y su dependencia del capital, se manifiesta sangrientamente con el triunfo de la contrarrevolución. Pero, lo más trágico, el proletariado revolucionario es masacrado por la dirección contrarrevolucionaria, situada al frente de las masas. Cuando en 1915, Luxemburg es acusada de «centrista» en Zimmerwald (crisis de la II Internacional) lo es por la obstinación con que trata de defender el compromiso entre las dos tendencias, la reformista mayoritaria y la radical minoritaria.

No pretendo con esto sino contribuir a esclarecer la contradictoriedad política de una Luxemburg falseada. La teórica que ha esclarecido el necesario papel de las reformas, como una de las dimensiones ineliminables de la acción revolucionaria, no alcanza a formular el papel del partido y su relación *en la constitución organizativa y política del sujeto revolucionario*. No obstante lo cual, es incapaz de romper (lo hará tardíamente) con la organización reformista. No, Rosa Luxemburg no se libra de la crítica que pretende *realizar contra el fetichismo organizativo*. A lo que, además, se une su fetichismo de masas.

No comprende ni la necesidad de un proceso de constitución que construya un bloque social contrapuesto al dominante. Su fetichismo de la acción le impide la comprensión de *la necesidad materialista de intervenir políticamente, globalmente, en la agudización de las contradicciones*. O, lo que es lo mismo, le impide *la comprensión marxista de la determinación política del movimiento revolucionario y su complejidad no lineal*.

El problema no es el de la contraposición pura y simple entre partido y clase: ése es otro problema (no por ello, claro está, menos esencial y cuyas dimensiones de alguna manera intuye Rosa en elementos muy válidos de la crítica de la revolución

rusa). El problema es *el de la función del partido*, en la determinación política del *único* sujeto revolucionario. Luxemburg es prisionera de una experiencia, a la que no consigue transformar de una manera revolucionaria. Su posición en Zimmerwald es heredera de una larga tradición, de la que la crisis de la II Internacional no es sino el estallido final. Desde la Comuna la escisión en el movimiento revolucionario internacional está ya consumada. Y no es que se trate de la división anarquismo/marxismo, sino de la instrumentalización de éste último en una práctica política organizada (la del **SPD**), que hace al proletariado alemán perder la dimensión, el sentido último de su práctica como clase. Es decir, que efectivamente tienen razón quienes afirman la cuestión organizativa del problema. A condición, claro está, de establecer la raíz política de esa cuestión de organización.

El reformismo alemán de las organizaciones sindicales se complementará con el brazo político del parlamentarismo, de igual manera que el apoliticismo radical francés e italiano de esa época se formulará en un «sindicalismo revolucionario» y anti-partido. Lo que se instala en una determinada concepción política que pretende hacer de la clase un producto inacabable, *el efecto de una acción permanentemente «exterior»*. O bien, la concepción que se instala ya en una clase perfectamente constituida y armada.

Pero, ¿no es *esa «acción exterior»* lo esencial de la socialdemocracia clásica y, por tanto, del propio leninismo? ¿No es contra eso contra lo que combate Rosa Luxemburg? ¿No es el mismo Lenin el que, en su polémica contra los economicistas, destaca que el proletariado, por sí mismo, es incapaz de trascender el terreno de la lucha economicista? En primer lugar, habría que comprender los términos del problema, tal y como los presenta Lenin. Frente a los populistas, Lenin indicará que el proletariado es el único sujeto histórico revolucionario. Pero ante los oportunistas y reformistas, Lenin completará la formulación: el proletariado como único sujeto revolucionario... *a condición de que lo sea*. Y este condicionante se instala en *una comprensión no idealista de los procesos mediante los cuales el proletariado se convierte, consciente, organizadamente en clase*.

¿Se trata de la utópica afirmación de los famosos «factores subjetivos»? Se trata de la interrelación entre factores objetivos y subjetivos, se trata de las condiciones materiales, en función de las cuales se construyen los determinantes subjetivos. Lo consciente se complementa con lo organizado o, mejor dicho, es efecto y causa de lo organizado. Pero no es sólo eso. La determinación última reside *en la intervención de lo político: objetivo del poder que se desvela en la conexión entre reformas y revolución*. Por tanto, lo que determina esa politización superior de las tareas reformistas es *la relación que se establece entre las acciones cotidianas de las masas y sus formas políticas independientes*.

Para que se comprenda mejor: el problema es el de la Interrelación permanente entre lucha económica y lucha política. Interrelación en la que el partido constituye el momento esencial de la mediación. A menudo se afirma la estrecha conexión (cuando no, la simple identificación) entre Lenin y Kautsky en este tema de la organización. Sin embargo, si se quiere ser históricamente preciso hay que hacer matizaciones, y no sólo por cuestión de matices. Desde su nacimiento, la socialdemocracia alemana y los sindicatos operan la ruptura organizativa entre acción económica espontánea y acción política. Y el reformismo de signo contrarrevolucionario cobra en esa ruptura su caracterización. Porque no se trata de un sujeto abstracto: *la lucha del proletariado alemán se desprende de su radicalidad*

revolucionaria, en la medida en que economía y política se organizan en esferas estancas. Al separar esas dimensiones de la vida social, la organización se convierte simplemente en un mecanismo de equilibración, plenamente integrado por el sistema.

La socialdemocracia alemana deja de ser instrumento mediante el cual *el proletariado se convierte en sujeto político, en único sujeto del proceso revolucionario*. Conservando su «ser social», se aleja, cada vez más, de su «ser político». Se conservan los principios, pero éstos dejan de intervenir, en tanto que mediadores «prácticos» que transforman las condiciones (objetivo-subjetivas) de la constitución del proletariado en clase revolucionaria. El SPD nada tiene que ver con esas prácticas. Desde su constitución, *la organización se convierte en el mediador que mantiene la conservación del statu quo del sistema social*. La socialdemocracia se instala en la conservación de una estrategia de largo alcance: *la que sirve a los intereses permanentes del capital*.

En ese sentido, ni Lenin ni Luxemburg han ido, en un principio, más allá de lo que les exigía una consideración superficial del SPD. Lenin, en *La bancarrota de la II Internacional*, no consigue comprender que el SPD ha cumplido su papel: precisamente *como defensor de la democracia burguesa*.

La «ortodoxia» *cientificista-reformista* de Kautsky conduce su marxismo no sólo a los límites del ideologismo, *sino a las posiciones ofensivas de la acción contrarrevolucionaria*. Con Kautsky se produce, efectivamente, la radical separación entre *el ser social material* de la clase y su *ser político*. La caracterización «democrática» del SPD elimina su determinación *revolucionaria*.

Porque lo que jamás podrá negarse es el hecho de que, aislada la acción económica de *su orientación política*, *la «consciencia» no puede, en absoluto, construirse*. Sobre todo, si tal aislamiento se comprende con las bases del protagonismo histórico de la misma clase.

Es decir, lo que en un primer momento no ven ni Rosa ni Lenin es el sentido de que *la «construcción» de la clase obrera* es la consecuencia de una profunda reestructuración social. La dialéctica entre ser y organización es *del orden de la dialéctica práctica/ organización*. Pero esa organización es función no del simple ser social material, sino de la posición que ocupa la clase en un sistema dado de relaciones sociales y de *su determinación política*. La socialdemocracia alemana nace como expresión del *límite político que el espontaneísmo provoca*. Entonces, la teoría se convierte en *ideología* que frena el movimiento y no en teoría que funde *la continuidad independiente y política de la práctica económico-política del movimiento*.

Luxemburg explica la concepción del partido bolchevique como efecto del escaso desarrollo de las relaciones sociales en Rusia. El economicismo será entonces tanto más radical cuanto tiene por reivindicaciones las más elementales. Por ello los objetivos políticos «*le tienen que venir dados desde fuera*». Lo que ocurre es que es plenamente inconsecuente con la comprensión de la historia misma del SPD. Y es inconsecuente porque no comprende la teoría tanto como comprensiva de *una práctica dada como determinante política* de una práctica que *ha de darse*. No se trata, pues, de una «ciencia» que, desde fuera, le sea aportada al movimiento. Se trata, en todo caso, de la mediación que permite la organización de la vanguardia y que funda, por su propia práctica, *pero, fundamentalmente, de los determinantes*

que permiten convertirse a la acción colectiva en acción colectiva política y, por ella mismo, revolucionaria.

El problema no es del orden de la substitución de la clase por su partido: el problema, como dice la propia Luxemburg, es *de saber cómo el partido «teoriza» la experiencia producida por la lucha de clases y cómo esa experiencia es «devuelta», en objetivos, en formas de organización y de lucha al movimiento*, para que éste alcance, *por su práctica*, su propia identidad política. El problema reside en cómo superar la inmediatez de las reivindicaciones económicas, *en la necesidad de superarlas, articulándolas a los objetivos revolucionarios*. Cuando Rosa afirma que el papel del partido debe consistir en provocar las condiciones que conducen a la maduración de la consciencia de clase del proletariado o se está refiriendo a la necesidad de situar la lucha en superiores condiciones políticas o está cayendo en el idealismo.

Las barricadas de 1848 no han conseguido lo esencial de la propuesta de Marx: *conseguir la unidad de la clase*, en el seno del capitalismo. Pero no se trata de crear un sistema en el interior de otro (sueño imposible de los cooperativistas, de los lassallianos y aún de los anarquistas). No se trata de permitir la supervivencia de un modo de producción (el artesanal) ya superado, en paralelo con el modo de producción dominante, el capitalista. *Se trata de «organizar» esa unidad y de hacerla ofensiva*. El SPD realizará esa unidad con los sindicatos. *Pero desde una estrategia de reformismo equilibrador*. Y es así que desde 1849 el SPD sobrevive en la medida en que cumple las previsiones del enemigo de clase. La burguesía aprende bien la lección de aquellas barricadas: la transformación económica tiene sentido de continuidad, *si se la apoya en la hegemonía y en el control del poder político*.

El «marxismo» del SPD es, al menos, discutible. La tendencia es el lassallismo reformista y esto incluso en vida del propio Marx. No sólo el marxismo es negado en su propia consistencia teórica: es, sobre todo, eliminado en sus efectos políticos (recuérdese el programa de Gotha y el de Erfurt). Las continuas apelaciones a un «Estado democrático», a un programa de «libertades políticas» sitúan perfectamente el drama: la tensión al comunismo por una clase que habrá de consumir la revolución democrático-socialista, *es desplazada por el equilibrio de un sistema político en el que Lassalle sigue siendo dominante*.

No es que se niegue el elemento «utópico» del marxismo: se lo afirma en las palabras, siempre y cuando tal elemento utópico no se traduzca en acción. El reformismo consiste entonces en *la negación* misma de la clase. *Es así* (y esto es actual) *cómo el reformismo se convierte en democraticista y en estatista*. La negación de Lassalle es sólo formal. Del marxismo sólo quedará la «idea» de un socialismo lejano, que se impondrá por la fatalidad de las cosas y la necesidad de una organización obrera independiente. Como se ha dicho, el pensamiento de Marx es filtrado por el SPD y el programa de Erfurt (redactado por Kautsky) concluye legítimamente en una democracia social. La socialdemocracia se convierte en un movimiento social que acepta *una forma de Estado*, que refuerza el marco de una dominación y las condiciones de una mejora paulatina de la venta de la fuerza de trabajo.

Del programa de Gotha al de Erfurt media una transición de continuidad político-social, lógica y coherente. La práctica no será la del orden de los principios, enunciados de manera general en la primera parte de tales programas. Cambia el

agente transformador (el Estado y no la clase): la alianza entre reformismo y movimiento «comunista» se realiza sobre la base de la incapacidad del capitalismo para hacerse «democrático». Por tanto, sobre la creencia de que el instrumento parlamentario será el verdadero agente revolucionario. *La integración del movimiento no será sino la consecuencia legítima de esta premisa contrarrevolucionaria.*

4. *El partido y la formación política de la consciencia de clase*

Si se estudia con más detenimiento el proceso de consolidación de la política contrarrevolucionaria alemana hasta 1918 (cosa que no podemos hacer aquí), se advierte que tal política se apoya en una concepción bifrontal de la organización.

Desde 1869 a 1890 *el partido será función directa de la estrategia de los sindicatos*. En 1906 los sindicatos consiguen imponer su derecho de veto a las decisiones del partido, en materia de alternativas políticas superiores. Las alas radicales, tanto políticas como sindicales, se encuentran en las bases del movimiento (secciones y ramas locales). Pero el aparato, en su totalidad, es dominado por la burocracia. El proceso de centralización superior, pues, de las organizaciones se acelera, en la medida en que posibilita unas mayores capacidades de freno del movimiento. A la vez, mientras que los sindicatos tratan de excluir de su seno toda tendencia radical, el partido de alguna manera las alienta. Pero las tácticas se complementan: *mientras que los sindicatos necesitan siempre de aquella forma estatal que garantice su papel de mediador, el partido precisa alcanzar aquella forma estatal que le garantice su función. Entre unos y otro, el movimiento queda perfectamente encuadrado.*

No sólo existen intereses de las dos capas burocráticas: ambas se complementan a la perfección. *El movimiento obrero queda enmascarado ante sí mismo*. El socialismo no es sólo nacional a democrático. Es también (y lo es fundamentalmente) el cuadro donde toda radicalidad se invierte, hasta adecuarse al ritmo de equilibrio que el sistema impone.

Rosa Luxemburg parte de este cuadro, está aprisionada en este marco. Las más de las veces su acción revolucionaria está mediada por acontecimientos que le son externos. Teórica, pero, más que ello, periodista y polemista de incalculable valor, sufre de esa impotencia a que la condena la integración por el SPD de las juventudes y, con ellas, de sus alas izquierdas. *Su obra pretende ser, convertirse inmediatamente en acción directa*. Pero la «acción general» no es acción revolucionaria por esencia, casi fatalmente diríamos. La acción general puede convertirse en una acción integrada, precisamente por su mediación política reformista. Su error (el de Rosa) consiste en esa «*exterioridad*», contra la que se debate inútilmente. Partido, estado, sindicatos e ideología le parecen elementos de un determinismo contra el que el marxismo debe, con toda necesidad, alzarse. Comprende la necesidad de que el movimiento se escisione, en un momento dado de la «acción general», de las organizaciones que lo traban. Pretende situarse en la onda de un proceso histórico, de un devenir revolucionario (como dirá Lukács). *Pero su contradicción reside, sin embargo, en la hondura de un marxismo que quiere permanentemente crítico y creador, y al que, no obstante, sucumbe en su dimensión oficial.*

La concepción materialista de la historia la lleva a combatir el reformismo de Bernstein, pero la lleva en unas condiciones de las que no será bastante consciente. Plantear que no es posible el movimiento sin la presencia-guía del objetivo final, no es otra cosa que comprender que la acción debe ser política. Que la acción sólo puede ser revolucionaria en función de un análisis del pasado que, reconociéndose en el presente, se proyecte al futuro, en tanto que *proyecto racional, conscientemente fundado*. Pero no es sólo reconocimiento del presente y adhesión al proyecto. Es otra cosa superior: *es hacer operante a ese proyecto, materializarlo en las guías-acción que parten del presente y lo superan*. Y aquí es esencial el partido.

No basta con enfrentarse a Bernstein para, negando la catástrofe, afirmar el movimiento. El proceso de acumulación, del que ella dice que históricamente *es limitado*, no puede ser roto simplemente por la acción. *Esa acción consciente de la que habla no puede ser un producto ideal, una importación externa ni una segregación interna*. La lucha negativa contra la explotación sólo es (y ella lo sabe) no simplemente la lucha de las masas, más allá de las organizaciones reformistas, sino la lucha económicamente organizada (y desorganizada políticamente) de las masas. La creación de organizaciones nuevas, apropiadas a objetivos, políticos superiores, es el efecto no de nada, *sino precisamente de un proyecto político actuante*. Y aquí aparece de nuevo la necesidad del partido.

Por supuesto que es en la lucha donde el proletariado adquiere el alcance definitivamente político de su identidad. Pero esa lucha, en la que la espontaneidad interviene y con toda necesidad, o está mediada por dicho proyecto político o no alcanza sus objetivos generales. Se ve en la polémica «huelga general»: donde el sindicalismo revolucionario ve un ataque «a-político» (sin partido o contra los partidos) contra el sistema, es para la derecha socialista sólo un instrumento de acción que busca las mediaciones institucionales del sistema (derecho al voto, creación del parlamento, etc.), mientras que, para el centro (Kautsky), sólo es una auto-adaptación del movimiento a nuevas condiciones de la lucha de clases.

Para Luxemburg tal «acción general» se hace no sólo *a pesar de* las organizaciones tradicionales, sino también *obligándolas a intervenir*. ¿Para qué?, podríamos preguntarnos con toda ingenuidad. Una interpretación de izquierdas podría adelantar que la propia dinámica del movimiento le lleva a «superar» sus organizaciones tradicionales. En su lugar, aparecen las formas organizativas que se «adecuan» a una nueva praxis social, a un nuevo nivel de conciencia. Pero la dificultad en Rosa estriba en no esclarecer los distintos momentos que sancionan el proyecto revolucionario: relación dinámica masas/bloque social-partido (con recíproca influencia), relación clase obrera-estado, donde la clase no es «masas obreras más partido», *sino la resultante «masas/ partido»*, no indiferenciada, *sino fundiendo los objetivos políticos en la acción general y cotidiana*.

Rosa entiende la revolución como un proceso de «totalidad», en el que la clase forja los instrumentos positivos (consejos), a partir de los cuales y con los cuales se «reconoce». Pero, además, concibe tal totalidad desde sus manifestaciones más modestas, como «la exigencia revolucionaria» permanente de las masas. *El proletariado o es revolucionario o no es*. Este es su error. Como diría más tarde Korsch, Luxemburg no ha superado, en este punto de su crítica, la «ideología del marxismo»: no se supera, a ese nivel, *la crítica de la teoría de la socialdemocracia*. De lo que se trataba era de criticar la *práctica* socialdemócrata misma.

En Rosa (como en general en toda la izquierda alemana) hay una incomprensión de las tareas políticas esenciales del movimiento. *Una insuficiente comprensión de las tareas del partido revolucionario.* Una caracterización débil de la dinámica de la crisis (y de toda la coyuntura) y de la conexión materialista-histórica entre crisis y revolución. Durante la guerra, la tendencia encabezada por Rosa esperará la eclosión de la crisis política interna. Después de ella, confiarán en que la crisis económico-social prepare las condiciones políticas de la revolución. Es consecuente con su análisis del capitalismo, con su crítica del oportunismo. Piensa, sin más, que el oportunismo nace en las condiciones de una situación calma: basta con que aparezca la corriente social y obrera, para barrer dicho oportunismo.

Pero no comprende la complejidad de la crisis ni la capacidad de maniobra de la burguesía y de las fuerzas de la reacción, el SPD incluido. Al igual que desconoce la complejidad que el movimiento obrero organizado plantea, en una sociedad desarrollada. *Ni acierta a romper con la organización tradicional ni le salva el fetichismo de una forma organizativa importada.* No es capaz de pasar de ser «corriente de crítica», en el seno del partido mayoritario, a convertirse en fuerza política efectiva, capaz de contribuir a crear el verdadero partido revolucionario. Cuando lo intenta, es demasiado tarde. *No existen condiciones para que el movimiento pase de la ruptura a la revolución.*

Es ahí donde se demuestra su incomprensión radical del problema político de la organización. Ahí, donde *se* demuestra que, después de todo, Lenin sí tenía razón. Donde la rigidez y el dogmatismo no se ponían exactamente en la organización «ultracentralizada»: porque es la organización política leninista la que es capaz de adaptarse, flexiblemente, a las necesidades de la revolución.

Una comprensión lineal del desarrollo del imperialismo, de las contradicciones sociales, del modo cómo el proletariado alcanza su hegemonía, de la necesidad del partido revolucionario, no ya como efecto, sino como antecedente esencial en la determinación del proceso principal, lleva a la izquierda alemana a su fracaso. Necesitaban luchar contra el reformismo y creyeron que la derrota suponía ya la incapacidad de la burguesía para reformar. No comprendieron la necesidad del «momento consciente», como base esencial de construcción del partido proletario. Y ello les lleva tanto a desconocer las posibilidades de las tendencias rupturistas (pero espontáneas) que existían en las organizaciones *de* base como a supervalorar la necesidad de un autonomismo que, por su sola dinámica, conduciría al ascenso irresistible de la revolución.

En esas condiciones, la revolución no es que tuviera que fracasar, *es que era imposible.* Si se analizan las dos situaciones históricas, pero si se definen las dos prácticas políticas, Lenin y Luxemburg adquieren perfiles diferenciados. Se comprenderá por qué entonces Octubre fue posible. Por qué los espartaquistas no podían significar el inicio de ese proceso que lleva al movimiento desde sus dimensiones *combativas* a sus características *socialistas.*

La ruptura de la izquierda alemana con el leninismo en el fondo-tiene conexiones con la dogmatización que efectúa la III Internacional estalinista o con el abandono contemporáneo. El leninismo, comprendido en su raíz histórica, en su práctica política histórica, es la única vía de desarrollo del marxismo revolucionario. Pero lo es tanto en el terreno de la organización como en el de la acción, en la medida en que ambos son inconcebibles sin la aportación de una y otra. Rosa no comprendió exactamente estos componentes. Y mucho menos lo comprenden quienes apelan,

contra un «leninismo dogmático», a un luxemburguismo de la espontaneidad, de la libertad y de la democracia. El KPD, como todos los otros partidos de la bolchevización, no fueron ya los partidos del leninismo. Aunque tampoco pudieran ser ya la tradición «recuperada» (críticamente recuperada) del luxemburguismo.

¿Hay una actualidad de Rosa Luxemburg? Creo honradamente que sí. Y no sólo como la hay de la revolución fallida alemana. *El problema general del partido y su construcción es el problema permanentemente renovado de la revolución.* Al que nos emplaza esa realidad vigente de un leninismo que no es fórmula, sino profundización y desarrollo del marxismo. Lo que es vivo en esa tradición leninista. La izquierda revolucionaria hoy mejor que nunca podemos asimilar esa actualidad, precisamente en tanto, que práctica efectiva de nuestra autocrítica.

Pienso que comprender desde el materialismo histórico a Rosa es, a la vez, recuperar a Lenin. Y esto, en especial, para los comunistas que tenemos que adecuar la recuperación revolucionaria del consejismo al proceso revolucionario, en una sociedad desarrollada. Rosa es el punto de referencia del que parte una tradición de ruptura con el oportunismo reformista. Porque Rosa es el centro de una situación dominada por las fuerzas contrarrevolucionarias, aunque se tratara de una situación *ideológicamente* (y no material y *políticamente*) determinada por *el optimismo revolucionario*. Ese optimismo (purismo más tarde, principismo, estrategismo siempre) fue el denominador común de una ilusión que sólo podía ser destruida.

Creo que en la obra de Rosa el problema organizativo no resulta tanto el producto de una negación del partido cuanto el efecto de sus teorías sobre el imperialismo y la consciencia de clase. Especialmente de lo primero. Además, Rosa fue (como hemos sido, en un momento u otro, todos los movimientos enfrentados a grandes formaciones reformistas) idealista en la comprensión de la lucha política. Para ella el partido, gran estrategia precisamente en tanto que vanguardia organizada de la clase, no es el productor de los objetivos políticos de las masas, en sus luchas cotidianas. Confundir la lucha de clases tal como se desarrolla históricamente con su reflejo material es verse obligados a negar no ya el papel de catalizador del partido, sino su carácter fundamental productivo, su *politicidad*. El partido es un producto de la lucha de clases. Pero no y tal como espontáneamente se refleja cotidianamente en la lucha de las masas. Y éste es el gran error de Rosa.

Lenin lo comprende desde el primer momento, por más que su expresión no fuera en absoluto «dulcificada». De ahí que su conda lo ha expresado cuando dice que, en Lenin, la contradicción cuando da la voz de «todo el poder a los soviets». Rosana Rossanda lo ha expresado cuando dice que, en Lenin, la contradicción teóricamente se resuelve desde el momento en que comprende la importancia que cubre el partido hasta conseguir el proceso revolucionario. *Se trata entonces ya del tema del poder.* Y es claro que el poder sólo puede tener por sujeto a la clase, que se realiza contradictoriamente desde el asalto al poder, desde la toma del poder, en la consolidación del poder (proceso de transición revolucionaria que se continúa en la transición de construcción del socialismo y que sólo se cumple *en* la culminación de esta transición).

La gran lección se inscribe en cómo comprendamos la construcción de esta fase de transición. Pero, incluso, para el problema de la consciencia de clase, es determinante comprender que son las prácticas políticas de masas las que

construyen esa identidad de clase. Combinación de factores objetivos que determinan, en su materialidad, al único sujeto revolucionario, *el proletariado*.

Madrid, diciembre de 1977

BIBLIOGRAFIA

(No pretende sino dar una visión más profunda de algunos de los temas tratados en el artículo. En todo caso, señalo los textos más importantes, aún cuando haya dejado fuera autores que podrían dar una visión más especializada.)

AUTHIER, D. y BARROT, J.: *La gauche communiste en Allemagne.*

1918-1921, Payot, 1976.

BADIA: *Le Spartakisme. 1914-1919*, L'Arché, 1967.

BRICIANER: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, EDI, 1969.

BROUÉ: *La révolution en Allemagne, 1917-1923*, Ed. de Minuit, 1972.

FROLICH: *R. Luxembourg*, Maspéro, 1965.

Invariance, nueva serie, n.º 5 y vieja serie n.º 7.

KORSCH: *Anti-Kautsky*, Champ Libre, 1973.

R. LUXEMBURG: especialmente «Cuadernos Espartacus», n.º B56

(Marxismo contra Dictadura), n.º C7 (*Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa, 1904*), *L'accumulation du capital*, Maspéro, 1967 (2 vol.), *Reforma o revolución*, Grijalbo, 1969, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, «Cuadernos de pasado y presente», n.º 13.

MEIJER: *Le mouvement des conseils en Allemagne*, n.º 101, ICO (La vieille Taupe).

PRUDHOMMEAUX: *Spartacus y la Commune de Berlín*, Spartacus, 1949.

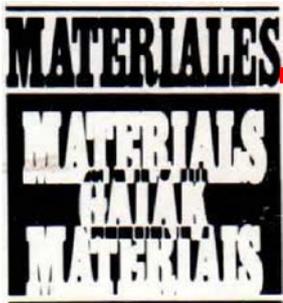
R. ROSSANDA: «Sobre el partido», en *Tesis de II Manifesto*, Era, 1971. Varios: *R. Luxembourg et sa doctrine*, Spartacus, 1977.

— *Teoría marxista del partido político*, polémica Luxemburg-Lenin «Cuadernos de pasado y presente», III tomo, 1973

De la organización: Notas sobre Rosa Luxemburg,

Por

José Luis de la Mata177



350, — ptas.

Este número contiene:

LELIO BASSO : Rosa Luxemburg y la ambigüedad de la historia.

GEORGES HAUPT: Rosa Luxemburg y la cuestión nacional.

PAUL MATTICK : Rosa Luxemburg. Un examen retrospectivo.

MICHAEL LÖWY: La dialéctica entre ciencia social e ideología en Rosa Luxemburg.

NORMAN GERAS :La huelga de masas.

DICK HOWARD: La teoría y la práctica revolucionarias Rosa Luxemburg

OSKAR NEGTE: La dialéctica materialista. espontaneidad y organización en Rosa Luxemburg

TADEUSZ KOWALIK: La teoría luxemburguiana de la acumulación.

MEM BABIA: Rosa Luxemburg, Marx y el problema de las alianzas.

ANNETTE JOST: Rosa Luxemburg: su crítica de Lenin.

J. LUIS DE LA MATA: De la organización. Notas sobre Rosa Luxemburg.

NARHIKO ITO: Revolución y dialéctica: la lucha de Rosa Luxemburg contra el revisionismo.

JOSEF SCHLEIFSTEIN: Rosa Luxemburg y el problema del partido.